

Consideraciones sobre la frecuencia de las sesiones y las reglas del método en psicoanálisis

Héctor Ferrari y Guillermo Seiguer

“...habrá estipulaciones que podrán parecer triviales, y en efecto lo son. Valga en su disculpa no ser sino unas reglas de juego que cobrarán significado desde la trama del plan de juego. Por otra parte, obro bien al presentarlas como unos ‘consejos’ y no pretenderlas incondicionalmente obligatorias. La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica, y hacen posible que un proceder de ordinario legítimo no produzca efecto algunas veces, mientras que otro habitualmente considerado erróneo lleve en algún caso a la meta. Sin embargo, esas constelaciones no impiden establecer para el médico una conducta en promedio acorde al fin.”

S. Freud, “Sobre la iniciación del tratamiento” (1913, p. 125).

INTRODUCCION

Que un elemento de nuestra técnica, como la frecuencia de las sesiones, resulte poco abordado por los trabajos psicoanalíticos

puede señalar tanto su “trivialidad” (ver epígrafe), como la existencia de un conflicto que desvíe nuestra mirada.

En el primer caso el intento de ponerlo en discusión resulta superfluo, y podría reafirmarse argumentando que su importancia no resulta comparable a aquellos otros parámetros definitorios de nuestra práctica: atención flotante, asociación libre, posición central de la transferencia, etc. A favor del segundo, podría sostenerse que las condiciones de observación de nuestro material condicionan –como lo aceptamos para cualquier ciencia– lo observado, y que, aún esos elementos centrales, son sólo sostenibles bajo ciertas condiciones operativas. ¿O comprendemos –y aún recogemos– una transferencia similar con disparidad de encuadres?

En lo que sigue reconsideramos algunas discusiones y argumentos –en su mayoría poco más que opiniones– que abordan el tema de la frecuencia de las sesiones. No nos sería posible hacerlo sin unas referencias generales al encuadre. Incluimos también algunos datos históricos para mostrar cómo el tema ha dado lugar a posturas contrapuestas y fundamentaciones contradictorias. Es parte integral de esa historia la problemática que originaron las exigencias de la formación y el pasaje que tuvieron que sufrir las reglas del método para transformarse en un reglamento con categoría de *standard*. A modo de conclusión, intentamos esclarecer los términos deslindando ámbitos en los cuales el sentido que tienen las reglas es diferente, lo cual puede reubicar la discusión que se genera en torno a la frecuencia de las sesiones, su ligamen con la autoridad de donde emanan las normas y el lugar que éstas tienen en el sostenimiento de la identidad analítica.

ALGUNAS DELIMITACIONES: FRECUENCIA DE SESIONES, ENCUADRE Y CONTEXTO

La frecuencia de las sesiones es uno de los elementos de nuestro contrato y, como tal, de la técnica psicoanalítica. Se acuerda que su importancia, como la de los demás elementos del encuadre, radica en enmarcar y permitir investigar el proceso analítico. En cambio, es borroso el acuerdo sobre la relación de necesidad entre las distintas reglas que constituyen nuestro marco de trabajo. Si constituyen un todo congruente, ¿es artificioso

mirar aisladamente cualquiera de ellas? ¿Hay reglas más importantes que otras (como nuestra “regla fundamental”)? ¿Pueden, entonces, sostenerse algunas y otras no?

La frecuencia de las sesiones ha sido claramente establecida como una de las constantes temporales del encuadre. Dentro de la clasificación de las constantes entre absolutas y relativas que propuso J. Zac (1971), la postura de R. H. Etchegoyen (1986) que preconiza ubicar la frecuencia como “constante absoluta más bien que relativa” (p. 474) es paradigmática.

Un trabajo clásico (J. Bleger, 1967) dice que la “mudez” habitual del encuadre lo hace apto para contener aspectos primitivos del vínculo terapéutico. Añadiríamos que asimismo es especialmente apto para contener elementos –quizás igualmente primitivos– de la relación del analista con su método. Las reglas que se siguen con invariable habitualidad se incorporan también en el analista como marco estable de su mente y, como un cuerpo silencioso, dejan de ser tenidas en cuenta.

Pero esta relativa “mudez” de los analistas sobre el encuadre podría también responder a la falta de “visibilidad” de los contextos y, en especial, de los metacontextos que hace que no se repare en ellos, aunque igualmente condicionan nuestras concepciones (D. Laing, 1970). El encuadre es nuestro marco contextual más inmediato y se halla en articulación con los metacontextos culturales que lo abarcan y trascienden. Podríamos preguntarnos, por ejemplo, si la vivencia del tiempo no ha cambiado desde que el método fue creado a comienzos de siglo. Si el tiempo que esta práctica requiere existe en “nuestro tiempo” y si sus condiciones siguen siendo concebibles en la actualidad. Así, ¿no es por ubicar nuestro encuadre “de acuerdo a los tiempos” que hemos desalojado el ideal de frecuencia óptima por el de mínima necesaria? A la vez, ¿no es impropia su asimilación a estos nuevos ideales sociales, dado el carácter perturbador del psicoanálisis que siempre ha estado en conflicto con su tiempo?

La dificultad para aplicar una frecuencia diferente a lo que nos resulta “familiar”, fue señalada con claridad por J. Godfrind-Haber (1992) en el informe al Comité Europeo de “Setting” y adjudicada tanto a la tradición de la propia formación como al peso de las condiciones socio-culturales y económicas. Entre ellas, deberíamos incluir las diferentes posibilidades de ejercicio de la práctica profesional del psicoanálisis¹. Si se pudiera delimi-

tar algún valor esencial del psicoanálisis en relación de necesidad con determinado encuadre, nos ayudaría a fundamentar su validez, tanto frente a la presión contextual que tiende a que racionalicemos la conveniencia de excepciones, como frente a una formación que, de ser sin reflexión, sólo promueve un acatamiento imitativo.

Es nuestra impresión –que creemos compartida– que la actitud de los analistas frente al encuadre analítico (y sus constantes, tanto teóricas como metodológicas) no es pareja. Al modo de las conductas obsesivas podemos, simultáneamente, ofrecer estricteces y laxitudes; y, escudados en una utilización dogmática de la “experiencia personal”, volvernos rígidos en ciertas áreas y permisivos en otras sin percibir su valor sintomático.

LA RELACION ENTRE EL METODO Y SU OBJETO

Recordamos formulaciones que postulaban como el mayor logro freudiano haber inventado (o quizás descubierto) un *setting* tan acorde a su objeto, el inconciente. De allí un paso a construir correlaciones entre funciones psíquicas y funciones de nuestro encuadre; ya no sólo como vías de expresión o capacidad de registro, sino incluso proponiendo algún tipo de isomorfismo y homogeneidad entre el método y su objeto. Sin embargo, si cruzamos este razonamiento con la afirmación de que el encuadre determina el tipo de proceso a recogerse y que, por tanto, condiciona ineludiblemente la teoría que se construya sobre el mismo proceso, la primera proposición resulta al menos sospechosa de tautología. Por cierto, tenemos a favor de nuestro encuadre los años de recoger testimonios de su efectividad y la riqueza explicativa de la construcción teórica que surgió con su aplicación. Pero ¿cómo contrastarlo con otros que necesariamente

¹ Ver, por ejemplo, la nota de Ursula V. Goldacker Pohlmann en el *Psicoanálisis Internacional* (1993) sobre el sistema alemán de seguros y la práctica psicoanalítica en Alemania, o el capítulo correspondiente de Thomä y Kächele (1985), para apreciar el riesgo de que sean los sistemas de salud los que impongan sus condiciones a nuestro método. Se trata del dilema entre la sobrevida de nuestra práctica profesional y el acotar la vida plena del psicoanálisis.

darían luz a conceptualizaciones diferentes? Y si sospechamos de la inconmensurabilidad de resultados en la confrontación entre distintos encuadres porque cada uno originaría un proceso diferente y a la larga una teoría propia, ¿debemos limitarnos a sostener la coherencia interna de nuestro encuadre con la totalidad de la elaboración teórica que hemos desprendido de su uso?

Sobre esta coherencia, otra difundida afirmación nos habla de una dialéctica mutuamente alimentadora entre teoría y técnica. Pero también hemos encontrado algún razonamiento que la pone en duda, sugiriendo que el anclaje de las reglas técnicas en la teoría es al menos espinoso (H. Thomä y H. Kächele, 1985). El argumento contra la linealidad de esta correlación dice que la teoría se ocupa predominantemente de la génesis de los trastornos mientras que las reglas se orientan hacia las condiciones necesarias para un cambio, por lo que las reglas no son verdaderas o falsas como las teorías sino más o menos efectivas; la conclusión es que: “la técnica en psicoanálisis no es simplemente una aplicación de la teoría” (Ib., p. 260).

Si estas argumentaciones cuestionan algún vínculo “natural” entre nuestro método y su objeto, ¿cómo se ha llegado a construirlo y con qué líneas de pensamiento se sostiene?

ALGO SOBRE HISTORIA: DE RECOMENDACION A REGLAMENTO

Aunque repetidamente Freud se refiere a la exigencia de tiempo que implica el psicoanálisis, es difícil señalar qué lo llevó desde el inicio a proponer y sostener una técnica terapéutica con requisito de contacto diario. ¿Algún antecedente de su práctica neurológica? ¿La intuición del valor del vínculo intersubjetivo? ¿La ausencia de otros medios para contener la sintomatología (sólo baños termales, masajes, hipnosis, etc.)? ¿La presión de las demandas transferenciales como en el caso de Breuer con Anna O.? ¿El ritmo de su propio autoanálisis? ¿El descubrimiento de la resistencia que, concebida en términos económicos (como las metáforas de los “ejércitos”), sugiere oponer cantidad a cantidad?²

La única mención específica a la frecuencia la hace Freud en “Sobre la iniciación del tratamiento” (1913) en estos términos:

“Trabajo con mis pacientes cotidianamente, con excepción del domingo y los días festivos; vale decir, de ordinario, seis veces por semana. En casos benignos, o en continuaciones de tratamientos muy extensos, bastan tres sesiones por semana. Otras limitaciones de tiempo no son ventajosas ni para el médico ni para el paciente; y cabe desestimarlas por completo al comienzo. Aún interrupciones breves redundarán en algún perjuicio para el trabajo; solíamos hablar en broma del ‘hielo del lunes’ (*Monday crust*) cuando recomenzábamos tras el descanso dominical; un trabajo menos frecuente corre el riesgo de no estar acompasado con el vivenciar real del paciente, y que así la cura pierda contacto con el presente y sea esforzada por caminos laterales” (p. 129).

La idea básica que se desprende de esta cita y que se instaló como paradigma originario de nuestra práctica puede formularse así: “Cuanto más alta es la frecuencia y menores las interrupciones, mejor”. Es sostenido con el argumento de que intervalos mayores a la frecuencia diaria incrementan las resistencias, por lo que el espacio entre sesiones es considerado un obstáculo. Mayor frecuencia, intensidad y continuidad están asociadas y parecerían propiciar un cierto clima emocional.

Aparentemente, Freud disminuyó a cinco veces por semana cuando encontró que “las treinta horas que él había esperado dividir entre cinco pacientes le permitían, o eran suficientes para seis” (M. Gill, 1984, p. 161).

A partir de entonces lo que encontramos recomendado, las pocas veces en que el tema es abordado, son cuatro o cinco sesiones por semana, en general en el tono en que lo hace Freud: reflexivo, con la ambigüedad de oscilar entre norma flexible y regla estricta y como expresión de puntos de vista más o menos cristalizados a partir de la experiencia clínica. Por cierto que este mismo tono promueve la discusión de si las formulaciones técnicas pueden exceder el nivel de una mera recomendación y partir en cambio de alguna investigación sistemática; si dada “la extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas... y la

² ¿Es la persistencia de una conceptualización económica la que favorece la equiparación entre mayor frecuencia = mayor intensidad = mayor profundidad = más ciencia en nuestro proceder? Sólo para agregar fuego a la disputa agreguemos: cuando se trata de congelar una cualidad definitoria del proceso analítico en una cantidad, ¿no se trata de apresar un significado en términos impropios?

riqueza de los factores determinantes”, como decía el Freud del epígrafe, es posible dirimir y generalizar la indicación de la frecuencia; si es testeable, contradecible o avalable a partir de casos singulares o si sólo es posible mantenerla, finalmente, como “conducta en promedio acorde al fin”.

En cualquier caso, es llamativo que la diversidad conceptual que arborizó nuestra teoría aún desde antes de la muerte de Freud no revirtiera sobre el método y siga dándole sombra al mismo tronco de constantes técnicas³. Consideraciones de muy distinto orden, y algunas claramente contradictorias entre sí, aunque asociadas congruentemente con las ideas que se tienen sobre el proceso analítico y los factores curativos del análisis, parecen justificar la misma frecuencia de sesiones.

Como acabamos de ver, Freud decía que esa intensidad de frecuencia es necesaria para acompañar el vivenciar real del paciente y no perder contacto con el presente. Pero lo cierto es que real y presente se han llegado a entender tanto como referencias a los eventos actuales y a “los detalles más diminutos de la vida diaria del paciente” (como L. Kubie, 1960; y otros), o como lo opuesto, que la mayor frecuencia es lo deseado para la “contemplación de la realidad interna” (D. Quinodoz, 1992), y para reducir al mínimo las interferencias “causadas por la intrusión de realidades externas al encuadre” (D. Meltzer, 1967). Paradójicamente entonces, la necesidad de una frecuencia intensiva se propone tanto para estar en contacto con lo cotidiano como para prescindir de ello.

Mientras los analistas de la Psicología del Yo la recomiendan por su capacidad de favorecer y contener la regresión terapéutica (I. Macalpine, 1950, etc.), los analistas kleinianos (H. Segal, 1967; E. B. Spillius, 1988) lo hacen para desarrollar un encuadre adecuado para su abordaje de las transferencias propias del desarrollo temprano. Aunque no encontramos referencias explícitas, no nos sorprendería verla indicada en el mismo nivel de generalización por su capacidad de permitir la regresión a la

³ Mientras que en vida de Freud era la variación teórica la que justificaba la exclusión del movimiento psicoanalítico (Jung, Adler, casi Klein, etc.), se aceptó posteriormente una diversidad mayúscula en teoría pero la razonabilidad para marginar importantes pensadores ha estado basada en su seguimiento al método. Es consecuente con esta lógica suponer que las experiencias “no permitidas” tengan difícil publicación y discusión.

dependencia o por necesidades narcisísticas del self. En muchos razonamientos en los que el encuadre metaforiza la crianza, subyace el argumento de que la frecuencia debe ser alta para acomodarse a las demandas de los aspectos infantiles del paciente. Aunque se comparta entonces la misma indicación de frecuencia, la forma en que se la justifica termina por depender de la teoría del desarrollo adoptada.

Se sostiene, y el argumento tiene consistencia en quienes jerarquizan las ansiedades de separación (por ej. J. Zac, 1968), que esa frecuencia es necesaria para significar convincentemente las interrupciones. Así, R. H. Etchegoyen (1986) recomienda cinco sesiones por semana porque le parece la frecuencia más adecuada para establecer un período sustancial de contacto y un corte nítido de fin de semana. Dice que “es claro que lo que necesita el análisis es hacer surgir con suficiente fuerza el conflicto de contacto y separación” (p. 474), de lo contrario el proceso exhibe caracteres de psicoterapia (dispersión u omisión de la transferencia, apoyo manifiesto o latente, descuido de la angustia de separación, etc.). Thomä y Kächele, por el contrario, piensan que “plantear que los procesos de separación sólo pueden desplegarse en la transferencia con una frecuencia de cinco sesiones por semana es desconocer que los fenómenos de separación son, como todo fenómeno transferencial, diádicos, es decir, no dependen únicamente del encuadre, sino también de las disposiciones inconcientes del paciente y de la teoría y técnica del analista, entre otras cosas” (Ib., p. 300).

P. Greenacre (1954), señala los inconvenientes de una frecuencia menor (en especial en los casos de los pacientes improductivos) por el riesgo de que el análisis transcurra en un clima manifiesto de idealización que encubra la transferencia negativa.

Debemos incluir también, en este listado heterogéneo, los argumentos que recogen necesidades del propio analista. Varios de los autores que citamos (R. Greenson, L. Kubie, M. Gill, P. Greenacre, etc.), consideran discutir las razones de estructura de carácter, hábitos, conveniencia y confort del analista (aún las económicas), en la elección de una u otra frecuencia. No hemos encontrado, aunque nos parece necesario incluirlas, las referentes a un requerimiento de frecuencia necesaria no sólo para la organización de la transferencia, sino también para la organización de la contratransferencia en la mente del analista.

Sabemos que Freud analizó y estimuló a sus discípulos a analizar patologías cada vez más severas, que excedían los límites que él mismo había fijado (neurosis de transferencia). En su tiempo, el enfoque prevalente sostenía –y aún hoy lo sostiene un grupo importante de psicoanalistas– que sólo existían dos tipos de psicoterapias: el psicoanálisis propiamente dicho y las psicoterapias sugestivas (R. Wallerstein, 1989). Nuevos desarrollos permitieron a los analistas ampliar cada vez más el campo de las indicaciones del psicoanálisis (mientras se multiplicaban las dificultades técnicas); la década del cincuenta fue crucial en la consideración de modificaciones del *setting*. El Simposio de Arden House fue dedicado a discutir esa situación, en especial con el trabajo de L. Stone (1951). Por ese tiempo se empezaron a perfilar dos grandes tendencias: una permanecía fiel a la técnica “clásica”: la psicología del Yo, que restringía la analizabilidad a la neurosis o la preservaba con parámetros (K. Eissler, 1953), como la escuela inglesa, que amplió las indicaciones a niños y psicóticos manteniendo el mismo encuadre (M. Klein, 1932; H. Rosenfeld, 1978, etc.); la otra corriente se permitió innovaciones radicales que generaron lo que comenzó a llamarse psicoterapias psicoanalíticas: métodos derivados de la utilización de los principios de la teoría analítica pero con importantes variaciones técnicas, donde la frecuencia de sesiones fue una de las variables de ajuste. Estos desarrollos llevaron a los analistas a tener que ocuparse de las semejanzas y diferencias entre el método psicoanalítico y una amplia gama de psicoterapias de orientación psicoanalítica (E. Bibring, 1954), y a discutir qué pertenecía al campo del psicoanálisis y qué no. Debate apasionado que aún hoy continúa y que, en lo que hace a nuestro tema, generó este tipo de polémica: un aspecto cualquiera de la técnica, como la frecuencia de sesiones, ¿es o no decisivo para definir entre psicoanálisis y psicoterapia? Una vez dividido el campo de una manera imprecisa, la discusión se radicalizó y llevó a los “clásicos” a calificar a los “heterodoxos” de heteréticos y a éstos de ritualistas a los primeros. Es posible que el debate teórico se haya deslizado a posturas ideológicas que acentuaron la ya insinuada relación primitiva de los psicoanalistas con nuestras reglas.

Finalmente, la importancia dada hoy a los factores del encuadre parece variar mucho de un analista a otro. D. Quinodoz (1992), ordenando los argumentos que recogió entre sus colegas

de la Sociedad Suiza, decía encontrar a quienes, considerando al encuadre meramente “un conjunto de reglas convencionales” de importancia secundaria, pensaban que eran “fácilmente modificables”, siendo lo esencial el libre juego que permite la emergencia de lo impredecible del encuentro del analista y su paciente; pero también encontró otros para quienes el *setting* era mucho más relevante: “la totalidad compleja de condiciones *necesarias* para generar la relación psíquica y afectiva particular entre paciente y analista a través de la cual *pueda ser establecido* el proceso” (p. 627, la bastardilla es nuestra). Como se ve la oscilación es extrema, de condición accesoria a instituyente.

REGLAS DE JUEGO Y ESTRATEGIA DE JUEGO

Cuando Freud (1913) intentó compilar algunas reglas para el ejercicio del psicoanálisis, comenzó señalando que las que podía dar tenían una limitación similar a enseñar el juego de ajedrez, donde sólo comienzos y finales “consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehusa la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura” (p.125). Al presentarlas, agrega: “Valga en su disculpa no ser sino unas *reglas de juego* que cobrarán significado desde la trama del plan de juego” (Ibidem, bastardillas nuestras).

Retomando en otros términos la controversia acerca de si las reglas de nuestro encuadre son variables dependientes o independientes, H. Thomä y H. Kächele (1985) citan la metáfora freudiana oponiendo la noción de reglas de juego a la de reglas estratégicas. En un juego como el ajedrez, las reglas de juego fijan normativamente los movimientos, y su observancia es precisamente lo que constituye el juego; las reglas estratégicas, en cambio, son sólo las más convenientes. Por cierto que es fácil diferenciar allí entre movimientos que transgreden las reglas y aquellos que no son beneficiosos; para el psicoanálisis esta diferenciación es más difícil.

Es cierto que encontramos a quienes consideran estrictamente a las normas de nuestro encuadre como reglas de juego; piensan entonces que las reglas lo inauguran, son previas a él y no se pueden modificar sin alterarlo. Entendidas de esta manera, para una corriente importante de analistas, las reglas son variables

independientes de las vicisitudes del proceso y esenciales para su instauración. El punto débil probablemente sea que, vistas así, parecen no atender a las condiciones singulares de cada situación.

En cambio considerar las reglas como estratégicas, elegidas por el efecto buscado, acentúa su posición como variable dependiente. La postura de Thomä y Kächele, por ejemplo, es clara cuando concluyen que: “Las reglas analíticas son siempre estratégicas, deben ser negociadas y continuamente confirmadas en cada relación individual” (Ib., pág. 259). Se desprende que no es posible preconizar un dispositivo universal ni su constancia, si se hace necesario que el analista “varíe las reglas de acuerdo a la situación y con el trastorno individual del paciente” (Ibidem). Los críticos de esta línea dirían en ese caso que cualquier regla del encuadre –la frecuencia de sesiones, por ejemplo– podría sufrir las alternativas del proceso analítico en lugar de estar convenientemente fuera de él.

Cabe preguntarse si esta disyuntiva, que encontramos repetida en términos diversos, no resulta artificiosa en tanto remite a una indiferenciación de niveles lógicos. Estas dos posiciones se oponen innecesariamente y se las ubica falsamente en competencia en tanto no pueden reemplazarse una a otra. Pueden ser mejor pensadas desde una relación de mutua subordinación: alternativamente, las reglas consideradas como de juego son una variable dependiente de la estrategia, y, consideradas como reglas estratégicas, son a su vez dependientes del juego. Para instalar el juego es necesario tomar en cuenta consideraciones estratégicas que no son las del juego, pero que conducen a él; una vez instalado el juego, la estrategia estará subordinada al mismo.

Las consideraciones estratégicas de las reglas de nuestro encuadre, inevitables si se debe dar cuenta de la infinidad de situaciones clínicas que se presentan, suelen ser mejor toleradas cuando son previas a la instalación del análisis que cuando son introducidas durante el mismo. En este último caso son sospechadas de técnica activa tendiente a conseguir cambios por vías no interpretativas o de responder a alguna manipulación del paciente. En ocasiones, puede ser sutil la diferencia entre manipulación y adecuación a una necesidad particular, al modo de las sesiones por pedido (*on demand*) que nos muestra D. W. Winnicott (1967). También es cierto que muchas manipulaciones pueden ser racio-

nalizadas como razones estratégicas.

Entendemos que las reglas –como decía Freud– hay que significarlas desde la totalidad del “plan de juego”, esto es, desde la globalidad del proceso analítico, lo cual coloca a éste como el referente último. Las reglas sólo ayudan a instalarlo y por lo tanto están subordinadas a él; es sólo en la metáfora que nuestro juego se define por sus reglas.

ENTRE EL ORDEN CIENTIFICO Y EL ORDEN DE LA LEY

Las normas o leyes son intentos de aprehender la regularidad y universalidad de los hechos, y merecen tal nombre aunque se apliquen en ámbitos muy dispares. Suele diferenciarse entre el orden científico, cuyas leyes se expresan en modo indicativo, rigen en las causas y, por ser necesarias, no pueden ser violadas, y el ámbito del Derecho, cuyas leyes normatizan fines y objetivos y utilizan un lenguaje prescriptivo. Las leyes del orden científico natural se ocupan de las cosas “tal cual son”, y las del orden jurídico del cómo “deben ser”. Apenas sobrepasamos las definiciones, la distinción deja de ser nítida y hay deslizamientos de uno a otro orden.

Aunque con cuestionamientos, el psicoanálisis tiende a ubicarse en el orden científico. Como tal, no determina cómo debe ser un proceso analítico, sino que trata de descubrir cómo es. Pero debemos incluir en este orden científico a las normas del encuadre que formulamos y a las que también nos atenemos. En tanto el encuadre no fue sólo descubrimiento sino también creación humana, introduce un cierto orden jurídico que nos indica cómo “deben ser” nuestros procedimientos, legislando en una amplia gama que va desde la formulación más laxa de recomendación (como vimos en Freud), a la más estricta de reglamentación (Sociedades Psicoanalíticas, IPA). Con el término jurídico aludimos a que el encuadre regula con sus normas la relación entre analista y paciente y sujeta a ambos a sus estipulaciones. Las normas del método analítico legislan cómo “debe ser” un encuadre para permitir un proceso donde las leyes del inconsciente se manifiesten tal “como son”.

Los aspectos reglados de nuestro encuadre promueven la inevitable pregunta sobre quién funda su validez. Como disposi-

ción jurídica, y parte entonces de un orden simbólico, los analistas podríamos aceptarlas como puro enunciado, atenernos a ellas y prescindir entonces de quién las haya formulado. Pero sabemos que no podemos eludir la relación ambivalente que todos tenemos con las normas que nos sujetan: las aceptamos pero también las rechazamos, ignoramos, trasgredimos, etc., como reacción al malestar de estar limitados por ellas. Reaparece entonces la importancia de cómo y quién las dictamina.

Si las reglas del encuadre implican sujeción, ¿desde qué lugar tienen que ser acatadas? Las reglas o normas están inspiradas en los enunciados de la teoría psicoanalítica, legitimada por la comunidad científica que avala con una experiencia compartida los fundamentos de su práctica, y ejercida por el analista. En la soledad de cada proceso analítico paciente y analista están enmarcados por una situación que los trasciende, en tanto las reglas del método remiten a un lugar de terceridad que las hace confiables por estar precisamente más allá de sus protagonistas: un determinado paciente y un determinado analista. En cambio, si esta terceridad no está presente, el analista se confunde con la regla a la manera del padre de la horda primitiva, cuya ley era su libre albedrío. Un analista ubicado en ese lugar puede sacralizar “sus” reglas como un ritual inflexible o, por el contrario, manipularlas a su antojo (N. Barugel, H. Ferrari, I. Vidal, 1986); dos resultados cuyo efecto es el mismo: la arbitrariedad.

Es parte de la ya señalada relación primitiva con nuestro encuadre que cuanto menos se cumple con las reglas –por los motivos que fuere–, más idealizadas se vuelven, luego más exigentes, mayor la hostilidad hacia ellas y, de resultas, más difícil todavía cumplirlas. A su vez, si con su incumplimiento la relación con la norma se vuelve más hostil y si la frecuencia considerada necesaria corre el riesgo de ser gradualmente dejada de lado, ¿cuánto tiempo puede mantener su status de norma en la mente de los analistas una disposición que no sea regularmente aplicable?

Si la validez de nuestras reglas no puede quedar librada sólo a la actitud del propio analista, depende entonces de un complejo conjunto de factores que es necesario considerar.

DE LA TEORIA DE LA TECNICA A UN PROBLEMA DE STANDARD

En 1918 Numberg propuso que un psicoanalista debía ser psicoanalizado previamente como una de las condiciones de su formación. Freud, que ya lo había reconocido desde 1912, parece haber sido inicialmente renuente a su formalización, aunque fue aceptándolo en los años siguientes a partir de que su enfermedad le advirtió que no podía seguir arbitrando personalmente la formación y acreditación de sus discípulos (P. Roazen, 1994). Luego se fueron estipulando el resto de los requerimientos que integran el tríptico de la formación. Si bien el requisito del análisis personal es hoy una condición inapelable, la frecuencia de este análisis sigue en discusión.

El informe del Grupo de Trabajo de la IPA sobre Formación Psicoanalítica, nombrado en 1981 y presidido por Janice de Saussure, estableció las normas y criterios sobre calificación e ingreso de nuevos miembros a la carrera analítica. En relación con el análisis personal determinó que:

“Se espera que los análisis personales de los candidatos sean de cuatro sesiones por semana como mínimo y cinco veces como número óptimo, en días separados, y que cada sesión dure entre cuarenta y cinco y cincuenta minutos” (IPA Newsletter, Vol. XXII, no. 2, enero de 1991, p. 9). El informe dispuso, casi en los mismos términos, una frecuencia similar para los tratamientos supervisados de los candidatos.

Se reafirmaban así los criterios que se venían sosteniendo desde los años veinte con el establecimiento de la entonces Comisión Internacional de Formación de la IPA, cuyo primer presidente fue M. Eitington, y que se conocen desde entonces como los “*standards* oficiales” para la formación.

Los *standards* agregan algo a las normas de nuestro encuadre y esto requiere alguna discriminación. Con ellos se trataba inicialmente de asegurar condiciones rigurosas para la formación de nuevos analistas, pero está implícita la extensión de estas condiciones a cualquier análisis no didáctico (Thomä y Kächele, ib.).

El término *standard* acarrea un sentido cuantitativo y a la vez cualitativo. Sugiere tanto una unidad de medida (como si en la IPA estuviese depositado un “psicoanálisis *standard* o patrón”) con la que se compara por convención o arbitrariamente lo demás, como una unidad de valor –por lo que significa como modelo o ejemplo– que apunta a lo mejor, lo más valioso o lo más apreciado, pasando a ser defendido como un emblema a partir del cual son señaladas

las desviaciones.

Los *standards* son establecidos por una autoridad reconocida en su capacidad de dictar normas que se deben hacer respetar. Para quienes van dirigidos su legitimidad consistiría, en el mejor de los casos, en poder compartir y aceptar sus fundamentos. Pero aún si resultaran adecuadamente sostenidos, pueden –por la siempre acechante relación primitiva con la norma– aparecer fácilmente como una imposición, más allá de cuál fuera su contenido.

En cualquier disciplina, una técnica reglada podría no ser más que un criterio consensualmente válido al cual remitirse en la singularidad de cada caso. Sin embargo, hemos visto que para nosotros llega a considerarse un valor instituyente de la situación analítica. En otras palabras, propuesto *a priori* como condición para que el análisis se desarrolle, el criterio *standard* contribuye a constituir la frecuencia de sesiones en una variable independiente, en tanto condición previa al proceso analítico y requisito para su instalación. Como en la clínica se encuentran una variedad de factores que los condicionan, la universalidad propuesta por los *standards* transmite cierta arbitrariedad. Como van dirigidos a preservar tan sólo los requisitos del método, el cuidado del encuadre puede transformarse en un fin en sí mismo.

Queremos subrayar que con la formulación de los *standards*, algunas reglas del encuadre se transforman en reglamentos. Esto acentúa la relación a la vez hostil e idealizada que tenemos con las reglas. Por un lado, los reglamentos son el lugar del conflicto con la ley (al que ya nos referimos), personalizada en este caso en la IPA que asume la autoridad, reglamenta y vigila su observancia. La resistencia a cumplirlos es habitual, como sabemos, no sólo por parte de los candidatos, sino también por los didactas. A la vez, como el otro polo del conflicto, con los *standards* el método da la ilusión de estar unificado y que puede ser cumplido: se transforma en una versión coherente de la norma que no hace lugar a discrepancias –como las que referimos en los párrafos anteriores–, al tiempo que sugiere, equívocamente, que con atenerse a la letra escrita se es Uno con el espíritu de la ley.

ANALISIS DIDACTICO, FRECUENCIA DE SESIONES E IDENTIDAD ANALITICA

Hay un debate no resuelto sobre si el análisis didáctico es algo más que el no didáctico. En relación a esta controversia, ¿existe alguna diferencia significativa en función del número de sesiones?

En tanto se jerarquizan sus fines terapéuticos, algunos piensan que un análisis didáctico debe ser más profundo, más completo o de mayor alcance que el no didáctico, o –para dar cuenta de quienes enfatizan su similitud con cualquier otro análisis– tan profundo y completo como el mejor de los no didácticos. Las dos opiniones justificarían la necesidad de garantizar la frecuencia que lo haga posible. Se ha alertado contra el riesgo de superponer al análisis didáctico la ilusión de ser lo mejor y lo más valioso, cuando en realidad “...el análisis didáctico es el más completo análisis de las limitaciones, de la incompletud, de la castración y finitud del hombre” (R. Bernardi y M. Nieto, 1992). ¿Se aseguran estos propósitos reglamentando su frecuencia?

Desde su intención formativa, ¿hay alguna necesidad extra en el análisis didáctico de contar con más sesiones? El candidato, por ser tal, ¿necesita experimentar sobre sí el método analítico en tales condiciones para adquirir convicción de su eficacia y que su competencia profesional depende de lo analizado que esté?

D. Sachs (1992) sostiene que si bien los analistas se ocupan de conflictos que pueden ser reducidos a sus raíces inconcientes, deben abordar también “dilemas sincréticos” (p. 155), como los de análisis terminable vs. interminable, analista informante vs. no informante, análisis didáctico vs. terapéutico, etc.. En tanto los dilemas no se pueden reducir ni dirimir entre verdadero o falso, implican tomar una decisión, compromisos, riesgos. Quizás la frecuencia de los análisis didácticos sea incluíble en esta categoría. Lo citamos a Sachs con cierta extensión: “La actividad de la ciencia del psicoanálisis ocurre en el contexto de una profesión que tiene como una de sus responsabilidades sentar *standards* que determinen lo que hace a un análisis ‘no suficientemente bueno’. Estos *standards* son aplicados precisamente en aquellas áreas donde la ciencia instrumental no puede proveer una respuesta, y ellos representan el mejor juicio disponible para la época en que son formulados. Pueden no ser aplicados en cada instancia, pero no tener *standards* plantea aún mayores riesgos que tenerlos... Como en todos los dilemas sincréticos, debe ser toma-

da una decisión acerca de los intercambios que son aceptables. Y la profesión debe tomar la responsabilidad por esta decisión” (p. 156).

Para nosotros el dilema se vuelve tal y las decisiones deben ser tomadas a propósito de los reglamentos y no de las reglas. Son razones profesionales las que tienden a que la comunidad científica tome posición y reduzca sus conflictos no resueltos a dilemas a los que se debe enfrentar con reglamentos. De todas maneras, con los reglamentos retorna la ambigüedad no detectada a través de los apasionamientos que genera. El ámbito profesional y societario es el lugar donde se dirimen estos apasionamientos en forma de posturas ideológicas que, bajo pretensión científica, son fuente de inevitable malestar.

Según J. de Saussure (1983-85), una de las principales responsabilidades de una Sociedad Psicoanalítica es facilitar la adquisición y permanencia de la “identidad psicoanalítica”, y para ese propósito le parece indispensable el análisis didáctico. Es probable que haya consenso en este punto aunque la dificultad se desplace a precisar en qué consiste el logro de la identidad analítica. Si bien podría haber acuerdo de que ésta gira sobre la experiencia de encuentro con el inconciente, como postulación general no soluciona el problema de en qué términos se la formula. La teoría del inconciente ofrece un variado polimorfismo teórico y, tal vez por eso, la búsqueda de identidad ha caído en el método y, ya en el límite, en las reglas técnicas. Es cierto que estandarizar reglas permite comparar observaciones buscando identidad de significados que si no serían aleatorias. Sin embargo, nuestras reglas han adquirido la función extra de mantener estable la cohesión del grupo psicoanalítico marcando la identidad de quienes las practican. Las reglas invierten su papel de ser un medio para un fin; entonces se canonizan.

ALGUNAS CONCLUSIONES: AMBITOS DE SIGNIFICACION DE LAS NORMAS, PRINCIPIOS Y REGLAMENTOS

Como otras disciplinas, el psicoanálisis está inspirado en ciertos principios generales, presupuestos teóricos e hipótesis que fundamentan su propia razón de ser. También disponemos de principios técnicos generales, que suponemos congruentes con

nuestras teorías, porque se han desprendido de la experiencia de su aplicación. Como comunidad científica nos convoca el interés por conocer los niveles inconcientes de la mente y la génesis de sus estructuras más profundas, poniendo a prueba y ampliando esos presupuestos. Así compartimos la idea de que, en principio –y en razón de estos mismos principios generales–, sólo una relación de contacto frecuente y prolongado, más condiciones de abstinencia y asociación libre, de comprensión de la transferencia, de insight, etc., permite acceder a esos niveles.

El encuadre está diseñado *ad hoc*, con el auxilio de reglas o normas técnicas para que podamos aproximarnos a estos propósitos en la medida de lo posible. Las normas tienden a reproducir el dispositivo ideal propuesto por los principios, sin alcanzarlo nunca, pues como todo ideal se resiste a ser aprehendido. Por eso las normas requieren tanto “fidelidad a los principios” como “flexibilidad en su uso”.

Cuando la comunidad analítica pasa de las reglas a los reglamentos lo hace para cuidar la formación y garantizar la legitimidad de la transmisión de la experiencia. Pero un reglamento plantea, por sus propias características, el imposible de que una regla sea siempre adecuada y, en la medida que ofrece respuesta obligada a lo que debería poder mantenerse como incógnita, encubre y obtura problemas con supuestas soluciones.

En la introducción resaltamos una dificultad a considerar: el deslizamiento de sentidos entre ámbitos distintos. Las reglas del método analítico, incluidas las que se refieren a la frecuencia de sesiones, tienen un estatuto diferente según el universo que se considere. Trataremos ahora su discriminación:

Ambito I: Aludimos al ámbito de cada tratamiento en particular, por excelencia privado y singular. Es el lugar donde cabe tomar en cuenta razones estratégicas para determinar las reglas a seguir. Se proponen y se acuerdan condiciones, fijando variables que serán desde su instalación las constantes del encuadre, luego de lo cual serán invariantes –al modo de “reglas de juego”– destinadas a recoger significados. Aunque el analista formule las reglas, una vez establecidas son normas a las que se deben atener ambos; por lo cual su estabilidad, que se defiende a

ultranza, cumple un papel de terceridad. La terceridad de la regla: a) protege al analista de la siempre presente acechanza de desviaciones; a la vez que b) permite y registra su esperable incumplimiento. Se acepta, por tanto, que en este ámbito las reglas tienen un lugar para el conflicto. El no cumplimiento (tanto en el paciente como en el analista) es un síntoma significativo que lleva a la interpretación. En este ámbito decir que algún criterio del encuadre es “extrínseco” (M. Gill, 1984) no tiene sentido ya que, una vez establecido, cualquier detalle es inevitablemente significado y forma parte del proceso. Por eso todo cambio es, en principio, sospechoso de manipulación o de compromiso contratransferencial. La regla impone al analista la disciplina de sujetarse al método, y de éste deriva su autoridad. La legitimidad de la regla proviene del Ambito II, del vínculo con el método y sus fundamentos, sostén del encuadre interno del analista. Estas reglas evolucionan lentamente en cada analista, como precipitado de su experiencia y de su evolución teórica y técnica.

Ambito II: Es el ámbito público-científico de las reglas generales del psicoanálisis y de la teoría de la técnica. Recogen por tanto la experiencia del ámbito I, teorizan sobre ella y la generalizan. Los principios técnicos ocupan el lugar de leyes generales, no son propiamente reglas sino meta-reglas, indicaciones sobre las reglas. Su formulación no excede la recomendación, ya que como guía o modelo normativo dejan un amplio margen de indeterminación. Si bien deberían poder estar siempre en discusión, su estabilidad (consenso científico) es esperable por períodos. Cuando su variación es significativa, el efecto no es de transgresión ni de síntoma sino de revolución científica, de cambio de paradigma. Aunque sus presupuestos son universales, contemplan la variación individual como atípica que no cuestiona su validez. Es el ámbito donde está anclada la identidad del analista en la identificación con

sus principios y sus maestros. El método y sus estipulaciones son parte del ideal del yo personal y grupal, al modo de padres analíticos que inspiran como modelo su cumplimiento.

Ambito III: Es el ámbito donde la comunidad analítica se institucionaliza con fines científicos, profesionales y formativos en nuestras Sociedades. Aquí se transforman las reglas y principios del método (de los ámbitos I y II) en reglamentación destinada a preservar su cumplimiento. Si bien no es estrictamente un ámbito público tampoco es privado; el seguimiento de los reglamentos se despliega oficialmente en grupos reducidos, comisiones y, extraoficialmente, en rumores. La transgresión de lo reglamentado produce un efecto de escándalo. En este ámbito, los reglamentos varían con el consenso societario, aunque con la rémora propia del tiempo institucional. Al estar personalizada la autoridad, la ambivalencia frente al reglamento institucional es mayor que frente a la regla. Si bien comparte con el ámbito II sus objetivos de conservación y transmisión de la identidad analítica, es aquí que, por articularse con razones profesionales y políticas, estos objetivos de transmisión se pueden convertir en preparación de sucesores (acólitos). Es el ámbito (ilusorio) de la resolución de dilemas, como lo sabe cualquier funcionario de nuestras sociedades: los principios y las reglas, como vimos, toleran atipías, excepciones e incumplimientos que no se resuelven por toma de posición; los reglamentos, en cambio, intentan reducir esta amenazante ambigüedad por dictámenes.

Estos tres ámbitos que proponemos pueden ser vistos, además, como lugares de la mente desde los que necesariamente cada analista significa su relación con la teoría, las reglas de su encuadre y su propia identidad. Al modo de los “vértices” de W. Bion, la conjunción de estas perspectivas determinará la naturaleza, calidad y limitaciones de sus observaciones. La perspectiva basada con exclusividad en uno sólo de estos ámbitos corre

ciertos riesgos: en el ámbito I, el de mantener una comunión religiosa con “su” teoría y “su” método, sosteniéndolo con su sólo enunciado (megalomanía); en el ámbito II, el embanderarse dogmáticamente con una línea de pensamiento en tal forma que se imponga a su experiencia (idealización); en el ámbito III, el quedar adaptativamente subsumido a la política de los grupos profesionales (burocratización). En cualquiera de los casos, como vemos, estamos mencionando conocidos rendimientos del narcisismo.

Una reflexión final. Si evaluáramos como “rasgo negativo” (Freud 1933, p. 168) la falta de certezas sobre nuestro método que se desprende de esta comunicación, puede consolarnos recordar que es el precio que pagamos por eludir los “reclamos de cosmovisión” (Ib., p. 147). Su hipotética eficacia no puede ser diferente a la hipotética verdad de cualquiera de nuestras interpretaciones.

RESUMEN

Desde las reglas generales originalmente propuestas por Freud se ha instalado cierta frecuencia de sesiones como un paradigma de la práctica psicoanalítica, sostenido con argumentos heterogéneos acordes a la diversidad teórica. Un pequeño rastreo histórico denota la relación conflictiva que los analistas pueden tener con su encuadre y las oscilaciones extremas con que pueden valorar las reglas del setting. Una mirada sobre la “legalidad” de estas reglas permite rescatar que ellas se apoyan sobre un complejo campo de factores. Se debe incluir entre ellos a los standards de formación con los que algunas normas del encuadre se transforman en reglamentos, acentuando una relación a la vez hostil e idealizada con ellas. Considerando que las reglas del método analítico tienen un estatuto y sentido diferente en ámbitos distintos, se discrimina y describe 1) el privado y singular de cada tratamiento en particular, 2) el público-científico de las reglas generales de la teoría de la técnica, y 3) el de la institucionalización de la comunidad psicoanalítica en sus sociedades. En cada analista estos ámbitos son también vértices desde los que significa su relación con la teoría, el encuadre y su propia identidad analítica.

SUMMARY

Since the original formulation of Freud's general rules a certain frequency of sessions has been established as a paradigm of our practice, backed by heterogeneous arguments stemming from the diversity of our theories. A brief review of our history reveals the conflictive relationship we as analysts tend to have with our setting, and the wide range of parameters considered acceptable for the evaluation of its rules. A glance at the "legality" of our norms allows us to perceive that they are based on a complex set of factors. Amongst them we must include the training standards through which some of our setting's norms are transformed into regulations, thus underlining a relationship at once hostile and idealized with them. Considering that the statute and sense of our method's rules differ according to where they are applied, we distinguish 1) the private and singular area of every particular treatment, 2) the public-scientific one of the general rules of the technique's theory, and 3) the institutional area of the psychoanalytic community in our societies. These areas are also used by analysts as focal points from which to signify their relationship with the theory, the setting and their own analytical identity.

RESUME

A partir des règles générales proposées par Freud, la pratique psychanalytique a fixé un certain nombre de séances, que chaque ligne théorique a défendu avec ses propres arguments. Une brève enquête historique décèle la relation conflictuelle qu'existe entre les analystes et leur encadrement, et les différents points de vue qui conditionnent la valorisation des règles du setting. Un regard sur la légalité des ces règles permet de constater qu'elles reposent sur un champ complexe de facteurs. Il faut y inclure les standards de formation avec lesquels quelques règles de l'encadrement deviennent des règlements, en mettant l'accent sur une relation à la fois hostile et idéalisée avec elles. Considérant que les règles de la méthode analytique ont un statut et un sens différent dans les divers milieux, on distingue: 1) le milieu privé et singulier de chaque traitement en particulier; 2) le public-scientifique des règles générales de la théorie de la technique; et 3) celui de l'institutionnalisation de la communauté psychanalytique dans ses sociétés. Pour l'analyste, ces milieux sont aussi des sommets à partir desquels il signifie sa relation avec la théorie de l'encadrement et sa

propre identité analytique.

BIBLIOGRAFIA

- BARUGEL, N.; FERRARI, H.; VIDAL, I. (1986). El poder en la situación analítica. Congreso de FEPAL, México.
- BERNARDI, R. Y NIETO, M. (1992) What makes the training analysis "good enough". *International Review Psycho-Anal.*, 19, 137-46.
- BIBRING, E. (1954) Psychoanalysis and the dynamic psychotherapies. *J. Am. Psych. Ass.*, 2: 745-70.
- BLEGER, J. (1967) Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En: *Simbiosis y Ambigüedad*, Paidós, Bs.As.
- EISSLER, K. (1953) The effect of the structure of the ego on psychoanalytic technique. *J. Am. Psych. Ass.* 4: 314-17.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1986) *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*, Amorrortu, Bs.As.
- FREUD, S. (1893) Estudios sobre la histeria. *A.E.*, II.
- (1912) Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *A.E.*, XII.
- (1913) Sobre la iniciación del tratamiento. *A.E.*, XII.
- (1933) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. *A.E.*, XXII.
- GILL, M. (1984) Psychoanalysis and Psychotherapy. A Revision. *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 11, 161.
- GODFRIND-HABER, J. (1992) "P. A in Europe", *Bulletin* 39, 87-95.
- GREENACRE, P. (1954) The role of transference, *Jour. Am. Psycho. Ass.*, 2, 54.
- GREENSON, R. (1959) The classic psychoanalytic approach. En Arieti, S. *American Handbook of Psychiatry*.
- KLEIN, M. (1932) *The Psychoanalysis of Children*, Londres, Hogarth Press.
- KUBIE, L. (1960) *Practical and Theoretical Aspects of Psychoanalysis*, Praeger Paperbacks, Nueva York.
- LAING, D. (1970) Lo obvio. En *Dialéctica de la Liberación*, Siglo XXI, 1970.
- MACALPINE, I. (1950) The development of the transference, *Psycho. Quarterly*, Vol. 19, pgs. 501-39.

- MELTZER, D. (1967) *El Proceso Psicoanalítico*, Bs.As., Hormé, 1976.
- QUINODOZ, D. (1992) The psychoanalytic setting as the instrument of the container function. *Int. J. Psycho-Anal.*, vol.73, 4: 627-35.
- ROAZEN, P. (1994) Comunicación al claustro didáctico de APdeBA.
- ROSENFELD, H. (1978) *Estados Psicóticos*, Buenos Aires, Hormé.
- SAUSSURE, J. DE (1983-1985) Commentaires sur les normes de l'API relatives a la formation. *Bulletin de la Société Suisse de Psychoanalyse*, 22: 13-18.
- SACHS, D. (1992) What makes a training analysis "good enough"?: Freud's science and the syncretistic dilemma, *International Review Psycho-Anal.*, 19, 147-57.
- SEGAL, H. (1967) Melanie Klein's Technique, in Benjamin Wolman, ed., *Psychoanalytic Techniques*. New York: Basic.
- SPILLIUS, E. BOTT (1988) *Melanie Klein Today*, Routledge, Londres.
- STONE, L. (1951) The widening scopes of indications for psychoanalysis. *J. Am. Psych. Ass.* 2:567-94.
- THOMÄ, H. Y KÄCHELE, H. (1985) *Teoría y Práctica del Psicoanálisis*, Tomo 1, Barcelona, Ed. Herder, 1989.
- WALLERSTEIN, R. (1989) Psicoanálisis y psicoterapia, *Libro Anual de Psicoanálisis*, 1989.
- WINNICOTT, D. W. (1977) *The Piggie*. España, Gedisa, 1980.
- ZAC, J. (1968) Relación semana-fin de semana. Encuadre y acting-out, *Rev. de Psicoanálisis*, 25, 1.
- (1971) Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre, *Rev. de Psicoanálisis*, 28, 3: 593-610.

Descriptores: Análisis didáctico. Encuadre psicoanalítico. Regla fundamental.

FRECUENCIA DE SESIONES

Héctor A. Ferrari
Laprida 1898, 12° “K”
1425 Buenos Aires
Argentina

Guillermo H. Seiguer
Laprida 1898, 16° “F”
1425 Buenos Aires
Argentina